

Ateneo de Jerez

Requinto

EL REALISMO EN EL ARTE

=====

por

Manuel de Bertemati y Maderne.

Jerez
1900.

3963

El Realismo en el Arte

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

PRESIDENTE DEL ATENEO DE JEREZ DE LA FRONTERA

D. Manuel de Bertemati y Maderne

EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO

DE 1900 Á 1901,

celebrada en la noche del 29 de Octubre de 1900



JEREZ:

Imprenta de EL GUADALETE, á cargo de Martín Díaz,
Compás, núm. 2.

SEÑORAS Y SEÑORES:

Si nos paramos un momento á contemplar la naturaleza entera con todas sus maravillas, sus encantos y sus gracias; si recorremos la superficie de la tierra con los diversos árboles, plantas y flores que la cubren, y observamos la manera tan distinta, que, efecto de sus disposiciones naturales, tienen de asimilarse la misma luz y el mismo calor, y cómo esta diferencia es la que hace brillar en aquella y en la naturaleza viva esa extraordinaria variedad que nos seduce y entusiasma; si miramos á ese cielo transparente lleno de luz y de colores, y consideramos que tras esa esfera esmaltada de oro, carmín y azul, existen infinitos mundos que con admirable precisión se mueven y giran; si nos fijamos en ese Océano cuya majestad y grandeza dejan el ánimo en suspenso, y ya nos deleita y recrea cuando apacibles nos mecemos en sus tranquilas aguas, ya nos aterra y de pavor nos llena cuando en medio de la tempestad rugiente se alzan intrépidas sus revueltas olas; si pudiéramos, en fin, abarcar con una mirada y en un solo horizonte, todas esas magnificencias, todos esos espectáculos, y ver y oír y respirar todas las armonías de la tierra y del cielo; ¡ah!, estoy seguro, ante el inmenso panorama de la belleza, que se llama Universo, una sola frase se escaparía de todos nuestros labios: ¡Cuánta hermosura! ¡Cuánto prodigio!

Y sin embargo, esos árboles y esas flores, esos cielos y esos mares, bellezas sensibles que acabarán un día, *no son*, sino *existen*: la naturaleza por tanto no es otra cosa que una obra de arte.

«Pobre hijo mio, dice Voltaire á un filósofo por boca de la Naturaleza: ¿quieres que te diga la verdad? Pues me han dado un nombre que no me

corresponde: me han llamado naturaleza y soy todo arte...» Después de una demostración de esto, dice el filósofo convencido: «Es verdad, cuanto más lo medito, más me convengo de que no eres más que arte de no sé qué gran Sér muy potente é industrioso que se oculta y te manifiesta.»

Arte son también esas portentosas creaciones del genio del hombre, cuyo fin directo é inmediato, aunque no supremo, es la belleza; dejando al filósofo establecer principios y deducir consecuencias, y al sabio sorprender los secretos de la naturaleza. Pero si el genio filosófico puede ser generalizador y el científico inventor, solo el genio artístico puede ser creador.

Ved ahí su grandeza y sublimidad.

Crear la belleza y expresarla a imagen del ideal y bajo la inspiración que de ella se tiene; verla de esa manera superior y reservada cuando la descubre; contemplarla é inflamarse en amor hácia ella, al sentir su misterioso contacto, en ese momento en que se revela al genio, y sacar de esa contemplación y de ese amor el ardiente deseo de reproducirla y el poder para expresarla, ese es el genio del arte, ese es el artista.

Hijo del cielo como el pensamiento y del amor como el corazón, refleja los sentimientos más dulces y encantadores del hombre; y nunca contento ni satisfecho, siempre aspirando al *más allá*, al ver que no ha podido traducir su ideal, tal como resplandeció en el fondo de su alma al través de las sombras de la tierra, gíme y suspira contemplando su obra maestra, y sin escuchar los vítores de la multitud, entre sollozos prorrumpe: *no es él.*

La verdad pues, brilla entre estas dos simas, la del idealismo y la del realismo. Menester es, aunque en proporciones diferentes, lo ideal y lo real, el espíritu y la materia; la idea que penetra la forma, y la forma que es la hermosa representación de la idea; y cual sucede en la palabra, ha de quedar sujeta al espíritu y no crear la forma para glorificarla, sino para el triunfo de la idea. Salirse por tanto de una de estas dos condiciones, es romper la armonía y destruir el órden, cuyo esplendor constituye la belleza; y el arte entonces con sus obras viene á precipitarse en el vacío del idealismo ó en las groserías del realismo.

Pero como en la actualidad, las grandes desviaciones del arte, no toman,

á mi ver, aquella dirección, sino antes por el contrario, llevando por divisa «*Lo real, todo lo real y nada más que lo real,*» rompen con atrevida mano la armonía entre aquellos dos elementos, despreciando el ideal y por tanto la idea, para no ocuparse más que de la forma; como esas son, repito, las corrientes que con mayor facilidad en nuestros días, pueden arrastrarle, á todo género de abyecciones y decadencias, me ha parecido más oportuno ocuparme de dicha doctrina realista, en estos momentos en que tengo el inmerecido honor de dirigiros la palabra desde este sitio, y en ocasión tan solemne como es la apertura de un nuevo curso en estas cultas sociedades.

El realismo en el Arte, será pues el tema de mi breve discurso; empujando primero por considerar lo que vale ante la razón bajo el punto de vista rigurosamente artístico, para concluir examinando sus consecuencias en el orden intelectual, moral, religioso y social.

* * *

La imitación exacta y completa de la naturaleza tal como se la ve y tal como es, constituye la gran fórmula del *realismo*; de ese arte popular y triunfante, de ese arte de moda, que llaman del porvenir.

Llevado sobre un carro triunfal, victoreado por la muchedumbre, elevado por los novadores interesados en su éxito, á la altura de una teoría, le vemos enseñorearse con estrépito del mundo artístico, y atravesar altivo de un extremo á otro todas las esferas del arte. Y la novela y el teatro, la pintura y la música, la escultura y hasta la arquitectura, han sido invadidas, con gloriosas excepciones, por la nueva escuela. Su jugo venenoso se filtra por todas partes y llega á todos los ramos. Pues, ¡qué!, dicen los felices autores que le deben su fama y hasta su riqueza: ¿es necesario para ser artista, para merecer ese nombre, irse á perder en el vacío á fuerza de abstracciones y de idealizaciones? ¿Vamos á caer otra vez en aquel olvidado *clasicismo* que producía seres imaginarios, sin vida y sin expresión? Aquella escuela que

so pretexto de ennoblecer la figura humana, tomando por únicos modelos los mármoles griegos, fingía tipos verdaderamente falsos é insípidos, y en vez de seguir á los Fidias y Praxiteles, lo que hacía era ponerlos en caricatura? ¿No vinimos nosotros precisamente á concluir con aquel ridículo amaneramiento en que le había precipitado el *barroquismo* del siglo XVIII? Por ventura cabe arte verdadero, prescindiendo de la realidad? ¿Debemos desdenar á la naturaleza? No, señores; el arte exige la expresión de lo real. ¡Quien lo duda! Y no es posible suponer, que íbamos á combatir bajo el nombre de *realismo*, lo que tan legítima y necesariamente entra en los dominios del arte, aquello sin lo cual no puede subsistir como es la expresión de *lo real*. No: lo que rechazamos, y, entiéndase bien, en el orden artístico es el reinado *absoluto* de la realidad, de la misma manera que en el orden intelectual no podemos admitir la soberanía *absoluta* de la razón.

Ni cabe tampoco alegar, que la escuela, de que nos venimos ocupando fuera creada, al decir de algunos, para contener los desenfrenos de los barrocos y manieristas; porque desaparecida esta doctrina y sustituida por un estudio más serio de la naturaleza, hasta el punto de haber producido brillantes épocas, del arte, como la de Pericles, la de San Luis y San Fernando y Julio II, ni tiene ya explicación de ser, ni mucho menos puede servir de pretexto para entronizar teoría tan perniciosa y funesta.

¡Ah! si el realismo fuera solamente la reacción de las ideas contra el olvido de la naturaleza! Pero, desgraciadamente no es eso: es un sistema que proscribe el ideal como una quimera: que pregona á todos vientos como digno de la obra artística *lo real*, *absolutamente* todo y *nada* más que *lo real*: y por tanto, que ó vaga indiferente sin expresión ni concepto ó tiene que encenagarse en la asquerosa sentina de todos los vicios.

El Arte no puede ser jamás la fiel imitación de la naturaleza. «El Arte—dice Lamennais—es para el hombre lo que para Dios el poder creador. El Arte es la encarnación del mundo típico en el mundo fenomenal, del mundo espiritual en el mundo material. Crear en la esfera del Arte es manifestar exteriormente una idea preexistente y revestirla de forma sensible: el Arte humano no es más que la acción del hombre, que encarna en sus obras

el tipo de lo bello tal como lo concibe; el Arte es la reproducción de lo bello bajo una forma externa que afecta á los sentidos; el Arte no es la simple imitación de la naturaleza, sino que bajo la forma que hierre los sentidos, debe revelar el principio interno, la belleza ideal que solo el espíritu percibe y que Dios contempla en sí mismo eternamente. Conocer, comprender la obra divina es la misión de la ciencia; reproducirla en condiciones materiales y sensibles es la misión del Arte.»

Mesnard entiende que «el Arte es la representación del ideal eterno é inmutable». Latena dice sencillamente: «el Arte es la expresión de lo bello.» Rigault: «el Arte es el hombre sumado con la naturaleza.» Victor Cousin; «el Arte es la representación de lo absoluto, de lo general ó en otros términos, de lo ideal. El problema que se propone el Arte es llegar hasta el alma por medio del cuerpo.» Y E. Deschare: «el Arte es la naturaleza interpretada por un alma, para otras almas.» Es decir, todo menos lo que pretende el realismo.

El Arte, señores, el arte verdadero, es el consorcio indisoluble del ideal y de la naturaleza; es la naturaleza bañada por los reflejos del ideal, y el ideal reflejándose en la naturaleza; y el talento, el genio artístico es encontrar precisamente la proporción en que deben unirse esas dos cosas para que brille «el esplendor del orden», es decir, la belleza misma. La mayor transparencia de la idea á través de las formas materiales, es el triunfo supremo del arte; y toda obra que no la tenga, será una obra de industria pero no artística.

Por consiguiente, se yerra, como ya hemos indicado al principio, suprimiendo lo real ó suprimiendo lo ideal: ó evaporándose en el *idealismo* ó rebajándose en el *realismo*.

«Ni tan alto ni tan bajo» dice Victor de Laprade: ni tan alto que se eleve sobre las nubes, ni tan bajo que vaya rastreando el suelo. ¿Cómo pues, ha de ser el arte la copia de la naturaleza *tal cual es*? ¿Qué le queda entonces al talento, al genio del artista? ¿La mayor ó menor exactitud en calcarla, en fotografiarla? ¿Acaso no sabeis que entre una obra artística y el objeto que representa, se encuentra necesariamente un mediador, que es el alma

del artista? No hay duda que él vé la naturaleza, pero no en su estado vulgar, en su realidad trivial; sino como se la forman á la vez su pensamiento al mirarla, su alma al sentirla y su corazón al amarla. En una palabra; se forma acerca del objeto una imagen que guarda dentro de sí, conforme á cierto tipo de belleza ideal que descubre su genio, y esta imágen es la que traslada al lienzo ó al mármol. Y esto es lo que nos entusiasma y arrebató, esto lo que buscamos cuando ansiosos recorremos desde Rafael y Miguel Ángel hasta Teniers, Van-Ostade y Brauwer.

Dice Rodolfo Toppfer, «que lo que causa nuestro embeleso y enciende nuestro entusiasmo en la obra de arte, no es lo que procede de la naturaleza objetiva, sino lo que pone de suyo el artista que la interpreta».

Síguese de aquí, que cada artista, es decir, cada hombre dotado de esa aptitud ó virtud congénita que llaman sentido estético, vé la naturaleza de manera distinta, siente la belleza de modo diferente, y tiene su ideal ó lo busca á su manera y por su camino, viéndole el genio de Urbino en la nobleza y Buonarrotti en la fuerza; y Leonardo de Vinci en el claroscuro y Corregio en la ternura y Murillo en la expresión de devoción y misticismo.

Es pues necesario el ideal, diga lo que quiera el realismo; pero no un tipo imaginario y convencional sugerido por el esfuerzo de una voluntad que se empeñe en corregir á la naturaleza; no la conservación inmutable y uniforme de aquellos tipos perpetuados por Griegos y Romanos en los simulacros convencionales de sus dioses, Venus, Minerva, Apolo, ó en las figuras de sus héroes, como las transmitieron sus bajo relieves, su pintura mural, el Partenón, las termas y los sepulcros. No: ideal, belleza, arte, son la expresión de una facultad inmanente, de una verdad.

¡Ah! si os detenéis en la naturaleza tan sólo, y en ella os paráis, y no buscáis más allá algo más perfecto; ese ejemplar eterno é inmutable que se cierne por encima de toda belleza pasajera y movable. ¡Ah! si al percibir el orden y la armonía que brillan en la superficie de los seres brotando desde su fondo, no tenéis la repentina intuición y viva perspicacia que descubre la belleza. Si, como dice el ya citado Víctor de Laprade, no sabéis «escuchar aquel silencio en que habla el ideal.» Si no sentís la belleza como se siente

uno á sí mismo; si ante su resplandor no hay nada allá dentro de vosotros que se estremezca y que vibre; si no tenéis ese constante y vivísimo anhelo por el *más allá*; jamás, nunca seréis artistas. Porque, como dice Lamartine: «Lo más bello y divino que hay en el corazón del hombre, no sale nunca de él: entre lo que se siente y lo que se expresa hay la misma diferencia, que entre el alma humana y las veinticuatro letras del alfabeto.»

Y Rafael escribía á un amigo suyo: «No teniendo á la vista modelo que me satisfaga, me sirvo del ideal de la belleza que tengo en mi alma.» Y Alfredo Tonnellé exclamaba: «Recuérdense las lágrimas derramadas por Heino á los pies de la Venus de Milo, el día en que por primera vez echó de ver la necesidad que tenía de apoyarse en algo más alto y fuerte que él: aquella alma de artista, aquella naturaleza tan profundamente estética, experimentó amargamente la insuficiencia de aquel arte que fué toda su religión, y vió caer aquella belleza humana, objeto de su único y entusiasta culto».

Y hasta en los tiempos del paganismo, cuyas recrudescencias parecen hoy resucitarse como novedades en la escuela realista, tenemos á Fidias, que, según Ciceron, cuando esculpía una estatua de Minerva ó de Júpiter, tipos famosos del arte antiguo, no se contentaba con mirar un hermoso modelo humano, para expresar la semejanza, sino que empleaba á la vez el pensamiento y la mano para hacer suyo y poder expresar el tipo acabado de la belleza que contemplaba dentro de sí mismo.

Pero, hay más: es que esa copia fiel de la naturaleza no es ni aún posible. Escoged dos artistas eminentes, que copien el paisaje más sencillo, el trozo más insignificante de él; cuatro árboles y un poco de cielo y tierra, y á pesar, de ser esta clase de pintura la que mejor se presta á una fiel imitación, cuando hayan concluído sus trabajos, no obstante parezcan ser una reproducción fiel del asunto elegido y ejecutado con las mismas condiciones de luz y puntos de vista, al compararlos, ván á ser diferentes. Mientras en uno vá á llamar la atención la riqueza de los tonos luminosos, que sugiere la idea de una naturaleza alegre y exuberante; en el otro sus tintas apagadas ván á despertar la dulce melancolía de la vida del campo en sus tristezas; y

habiéndose servido del mismo modelo, tomado de la naturaleza en su estado más pasivo, vamos á obtener resultados completamente distintos, según el modo de ver ó de sentir de cada uno de los ingenios encargados de la copia, llámense Claudio de Lorena ó Ruysdael.

Luego esa copia exacta y completa no es posible, porque si lo fuera, ambas reproducciones serían iguales. Podrá haber esa imitación cuando se copie nó de la naturaleza, sino de otra obra de arte. La litocromia, por ejemplo, podrá reproducir fielmente un paisaje de Wildens ó de Hæs, y para eso se han de notar siempre á los ojos del inteligente ciertos acentos de raza y de escuela; porque solo en la copia de las producciones meramente industriales, es donde el éxito puede ser acabado y perfecto.

Hay más; si volvemos á esos artistas, que han hecho la copia del paisaje, de que ántes os hablaba, y los observamos ántes de hacerla, en el momento de fijarse en las notas de la riquísima armonía de colores que presenta la naturaleza, los veremos, no obstante disponer de una paleta enriquecida por la química moderna, luchar llenos de sudores y de angustias para poderlas reproducir, teniendo que empezar por establecer una gradación de tintas convencionales, una tonalidad relativa; es decir teniendo que mentir, que inventar, que idealizar una naturaleza que en realidad no existe.

Luego el arte no es la servil imitación de la naturaleza; luego el artista, aún para lo más fácil, ó inventa ó se vale de ardidés convencionales. No de otra manera puede Claudio de Lorena sorprendernos con sus efectos de luz, y hasta causar en nuestros ánimos la misma impresión de la realidad, al presentarnos la alegre alborada y el sol en la púrpura de su ocaso.

El realismo, pues, considerado en sí y en su esencia, es una quimera; y es falaz y absurdo en el terreno de la fiel imitación de la naturaleza. Y, ¿cómo nó? Si compuestos de alma y cuerpo, todos llevamos el germen promiscuo de idealistas y realistas. O es que se nos quiere arrancar el alma para darnos el nombre de materialistas, y que podemos engendrar entonces un arte que se llame *realista*. Es decir; *realista* y se suprime la gran realidad humana, la que nos distingue del bruto, la que nos hace ver y sentir la belleza, el alma, la sola realidad incontrastable, la que nos responde de nos-

otros mismos y de todo lo que nos rodea, y á la que la materia, esa señora de vuestro albedrío, tiene que pedir constantemente testimonio y fe de vida.

Pues, qué ¿sin el alma podríais aseguraros de la existencia de esa naturaleza que tan servilmente queréis copiar? ¿Podríais, ni aún intentarlo, y mucho menos hacerlo, aunque fuera de la manera imperfecta que lo conseguís?

Pero, aun siendo posible esa imitación de la naturaleza *tal cual es*, ¿qué objeto tiene? ¿Cual es su utilidad? Si hay un espectáculo que me aterra ¿por qué se me obliga á contemplarlo en nombre del arte? ¿Si esa realidad vista en sí misma, me disgusta, ¿cómo me ha agradar en vuestras obras? Si yo aparto los ojos del original, si no lo quiero ver porque me repugna ¿que se pretende poniéndome delante su copia? ¿A qué viene en el arte ni qué razón hay para la representación groseramente realista de lo que no puedo ver ni mirar sin que la naturaleza me lo repugne?

Sobre todo, si me gustan esos misterios tenebrosos exhibidos en pleno día, esos espectáculos degradantes del vicio, dejadme que sus cenagosas corrientes me salpiquen en la calle y los vea de verdad: ó si me complacen esas escenas de sufrimiento, de dolor y de muerte, dejadme también, que, llevado de tan singulares aficiones, vaya á ver esas úlceras y esas llagas á un hospital; y allí al menos las veré vivas, porque todo el realismo no valdrá nunca lo que valen los horrores de la realidad.

Y aunque no me pintáseis lo innoble y lo repugnante, si no quereis revestir á la naturaleza de nada que la engrandezca. ¿Para qué esos cuadros, esas estatuas y esos libros? Prefiero la naturaleza que, al menos, lleva un reflejo del creador.

La teoría pues del realismo ante la verdadera noción del arte, no se comprende ni se explica. Pero, si es absurda y falsa, y ahí está de testimonio toda la historia del Arte; si deshonra su majestad soberana y desfigura la fisonomía de la belleza, todavía es más funesta y demoladora en sus consecuencias, pues estas avanzan más que ella; afectan á las inteligencias, á las costumbres, á la sociedad y á la civilización, como vamos á ver, aunque muy á la ligera, en esta segunda parte de nuestro trabajo.

Hay una relación tan estrecha entre las negaciones de la ciencia y las degradaciones del arte, que á nadie seguramente sorprenderá, verle unido con la filosofía en la solidaridad de las mismas caídas y decadencias.

Así es, que, si negamos lo sobrenatural, por este solo hecho el naturalismo arranca al arte su más hermosa diadema: si seguimos no admitiendo la distinción sustancial de lo finito y de lo infinito, de lo real y de lo ideal, vendremos á parar con el panteísmo, en destruir la base fundamental del arte, puesto que el *ideal* no radicará eterno é inmutable en el seno de lo absoluto, sino que no habrá más absoluto que el mundo mismo; y objetivado dicho ideal en el hombre, destruye, como comprenderéis, la religión y el arte, y es el resúmen de la estética hegeliana. Si no contentos aún con haber destruído la realidad de lo divino, ni satisfechos con haber colocado á Dios en la naturaleza y sobre todo en el hombre, no quedándonos de la divinidad más que su espectro, llegamos hasta el ateísmo, es evidente, que acabamos de destruir el ideal, y por tanto, damos al arte un golpe más certero y decisivo. Pero si después de haber suprimido lo divino, viene todavía el materialismo, que desde luego implica el ateísmo, á suprimir lo humano, ó al menos, lo más humano que hay en el hombre, es decir, su alma, entonces nos encontramos á nuestro realismo artístico y literario, hijo legítimo de todas aquellas aberraciones filosóficas, ensanchando el círculo de sus errores y popularizándolos de tal manera y en tal grado, que si recorremos todas sus producciones, fácilmente iremos notando en ellas, los tristes reflejos, los matices de todos los errores originarios, que á la vez ha ido él engendrando, como el naturalismo, panteísmo, ateísmo, materialismo, etc.

Tal es su influencia en el orden intelectual, ó sea su acción sobre las ideas. Claro es, que no voy á sostener que el realismo se proponga precisamente enseñar todos aquellos errores, pero los hace más comprensibles para las muchedumbres, presentando ante ellas su imagen; y rodeándola de la aureola, aunque falsa, de la belleza, y adornándole con mentidos encantos, yá, como es natural, inoculando más fácilmente su ponzoñoso virus.

Los sabios y los filósofos obran de ordinario sobre parte muy pequeña de la humanidad; pero los artistas obran sobre toda ella, La voz del sabio y

del filósofo pocos la oyen y menos son los que la comprenden; la del artista, á todos llega y de todos es atendida; y sin explicarse, al menos, la mayoría el por qué del imperio del arte en los hombres, todos, sin embargo lo sienten y lo experimentan.

Agréguese á esto las ruidosas ovaciones que han alcanzado algunas obras; y ya sabemos lo que aquéllas significan y la influencia que siempre ejercen en las clases populares, para quienes el éxito es la suprema razón de las cosas.

Importa poco que este éxito se haya conseguido explotando con un desvergonzado cinismo la mina de oro del sensualismo: ó que se haya calculado y hasta preparado y convenido por ese pandillaje literario, por esa sociedad de admiraciones mutuas que cual Cleófilo y Crisófilo después de su pacto infernal, se dicen unos á otros: «Ayúdame, que yo te ayudaré: dí tú que yo soy Virgilio, y yo diré que tú eres Homero.» Importa poco, que aun antes de darse la obra á luz, cuando ya se sabe que va á salir, pregonen su maestría y sus excelencias, esos pages de librea y de oficio, que no tienen otra misión que batir palmas en una atmósfera de incienso á los afortunados autores que tienen hecha una reputación no siempre legítimamente adquirida. Y significa menos, que para asegurar todos esos triunfos vergonzosos, se acuda á esas cuatro cosas, que un ilustre crítico, M. de Pontmartin, llama los cuatro grandes poderes de la literatura contemporánea; es á saber: los anuncios, los carteles, los prospectos y las gacetas. Porque ante todo y sobre todo está el Dios-éxito coronando todas esas producciones y deslumbrando con sus falsos resplandores á las multitudes que extasiadas las contemplan y admiran.

De ahí ese positivismo que pretendiendo ser dueño y señor absoluto de la ciencia, lo quiere ser también del arte, bajo el nombre de realismo. Uno y otro no son otra cosa, que una eliminación sistemática. Hay que descartar, hay que apartar todo aquello que no se someta á la imperiosa ley, que intenta copiarlo todo. Es así, que, el alma no puede someterse á ella, luego hay que eliminarla de los dominios del arte. Este debe marchar independiente de toda regla y de todo principio: la ley la recibe de sí mismo, y al

proclamarse rey, no en el sentido legítimo que puede concedérsele, dada su influencia en las inteligencias y en las almas, sino en el absoluto en que él se coloca, por encima de toda regla, se hace más que rey. El artista realista se hace Dios en los dominios del arte, como el racionalista se hace Dios en el reino del pensamiento.

A estos extremos conduce la doctrina que venimos estudiando; á este punto llegan sus consecuencias en el orden intelectual.

Ahora, ya supondréis, lo que será para el realismo la religión y la moral.

Si lo sobrenatural no existe y lo divino es un contrasentido, si á sus ojos Dios no es ni aun siquiera una hermosa hipótesis que sirve para extender los horizontes del genio; si hasta su sombra le molesta, y hay que quitar lo de enmedio como se hizo con el alma, ¿qué puede ser para él toda religión cualquiera que sea, sino constante contradicción á todas sus tendencias y negación completa de su base fundamental? Porque si Dios existe y hay infinito, tenemos que admitir el ideal; y si se admite el ideal, ya lo sabéis, no se puede ser realista. Luego á pesar de todas las protestas en contrario, el realismo supone en doctrina el ateísmo y por consiguiente la negación de toda religión; y como este ateísmo lo traduce y predica en sus obras, es evidente, que viene á ser por sus efectos y por sus causas el arte de los pueblos ateos.

Fácilmente se deduce de todo lo expuesto, la influencia que tan perniciosa escuela ha de ejercer en las costumbres. ¿No habéis oído su dogma supremo? La imitación exacta y completa de lo *real*; pero, ya recordaréis, no de lo *real* que toca al alma y al espíritu, sino lo que se refiere á la materia y á los sentidos. Luego, á pesar de ser el alma una realidad, la que hace, como ya hemos dicho, que el hombre sea hombre y no animal, se la elimina y se la descarta, porque el *realismo* artístico se burla de la realidad inmaterial.

Y pregunto yo: un arte que debe su origen á la materia, que sale exclusivamente de ella ¿qué puede dar de sí, sino lo que la materia lleva en su seno? **Sensualismo y nada más que sensualismo.**

Decidme por tanto: ¿qué pueden ser unas costumbres arrastradas por la voluptuosidad en medio de los oprobios de la carne á las obscuras hondonadas del vicio? ¿Qué pueden ser, sino un egoismo desenfrenado, un instinto feroz, que ahogue y mate todo impulso generoso, todo sacrificio y abnegación? ¿Cuál será la suprema ley del mundo, sino la mayor fruición de los bienes de la tierra?

El sensualismo realista ha pisoteado toda ley moral y toda clase de respetos sociales: y rompiendo todos los diques, y desbordado por completo, ha arrastrado en su furioso oleaje ese légamo impuro que ahoga todo pudor y toda virtud. ¿No lo creéis? Ahí están sus obras; ahí están esas exhibiciones que en la pintura y en el teatro y en la novela, bajo los pretenciosos y falsos nombres de arte nuevo, insultan de diario la moral y las costumbres.

¿Qué se ha hecho, pregunta Pelletan, á quien no puede considerarse sospechoso, «¿qué se ha hecho de esa forma privilegiada de la literatura á que se llama novela? Se ha sacado de ella la novela aventurera, la novela sin casa ni hogar, la novela que arrastra á la juventud á todo lo más abyecto, que relata la vida desordenada, que poetiza el vicio por el vicio, primero el vicio cándido é ingénuo, después el vicio ya experimentado, y por último la novela escandalosa en que el escándalo explica todo el éxito y hace las veces de talento». Y en el teatro, continúa el citado escritor «¿por ventura no lo habéis agotado todo en materia de disolución y de lujuria? Verdaderamente que en esta parte no nos queda ya curiosidad alguna por vender, porque están llenas las páginas de lo imposible. Por poco que esto siga, no se darán ya en los grabados, sino exhibiciones babilónicas de cuadros vivos. Por más que parezca increíble, ha sido preciso que la juventud misma, que de ordinario corre con tanto afán, en pos de las curiosidades lúbricas, haya levantado una protesta de indignación contra esas escandalosas exhibiciones.»

Ya lo ois, ya véis el juicio que de esta literatura rebajada forman hasta los libres pensadores y profanos: de esta mal llamada literatura que se asemeja á una cortesana enriquecida por sus disoluciones, que va sembrando el escándalo y la inmoralidad por todas partes; de la novela al teatro, y del

teatro al taller del artista. Literatura que sólo busca los goces materiales, que sólo aspira á que la sensación sea sobre el sentimiento, la vibración nerviosa sobre la emoción moral, los estremecimientos del cuerpo sobre los estremecimientos del alma. Cuadros, pinturas que no van más que á recrear, á encantar la vista, que parecen no estar hechos para hombres que saben pensar. Esculturas realistas que no hablan más que á los sentidos, sin un reflejo siquiera del ideal; haciéndonos gustar del desnudo porque es desnudo. Música en que el estruendo de la materia, ahoga todos los acentos de la vida estremeciendo el cuerpo, sin afectar una fibra del alma. Arquitectura realista que combina prodigiosos montones de piedra, levantando templos para los que creen en el tiempo, pero no en la eternidad, poesías en que chocan unas palabras con otras en un vacío completo de ideas. Artes realistas, en una palabra: literatura y artes que acaso hubieran sido silbadas en las ciudades literarias del antiguo paganismo.

Si pasamos, por último, á examinar las consecuencias de este sistema realista en el orden social, bien pronto comprenderemos, que si en la inteligencia y en el corazón, es decir, en los individuos produce los resultados que hemos visto, en la sociedad que es su suma, ha de causar análogos efectos.

«La literatura es la expresión de la sociedad,» decía Martínez de la Rosa. «La arquitectura es la historia de los pueblos escrita en letras mayúsculas,» decía ingeniosamente otro distinguido publicista: y sin que aceptemos naturalmente como definiciones ni lo uno ni lo otro, habremos de convenir que indudablemente retratan el estado social de los pueblos, como así mismo la pintura, la legislación... etc. ¿Quién duda que las artes son el espejo de nuestros pensamientos, de nuestras ideas y de nuestras costumbres; y á la vez que todas estas cosas son los motores del arte mismo? Esta ley de acción y de reacción se mantiene siempre inviolable; y si acudimos á la historia del arte, veremos constantemente en ella marchar paralelas las degradaciones morales y las degradaciones artísticas.

Fijémonos en la antigua Grecia, ya que en ella se compendian todo el saber y todo el arte de aquella época; y observaremos, que cuando á la filosofía de Sócrates, de Platón y de Aristóteles sucedieron los sofistas y los

materialistas, y concluyeron con los últimos restos de virtudes que aquéllos tenían, aquel arte que en sus buenos tiempos había sido su espléndida corona, cayó violentamente al par que las costumbres, para no volver á levantarse. Y aquellos tipos artísticos, que en su clase podían considerarse elevados, fueron sustituidos por otros degradantes y vergonzosos; y á las obras maestras de Fidias, que, como hemos visto, revelaban algo de la belleza inmaterial, sucedieron otras, que engendradas por el sentimiento impuro buscaban su éxito en la más grosera concupiscencia. Y lo que sucedió en Atenas, ocurrió en Roma; y en ambas el arte cayó herido de muerte.

De esta manera, cayendo hoy y levantándose mañana, lo vemos marchar al través de los siglos, alzando unas veces los ojos al cielo, y hundiéndolos otras en los abismos de la tierra.

Ved, pues, el paralelismo entre las degradaciones morales y las artísticas.

Fenómeno histórico constante: manifestación sincera del fondo de las cosas en su superficie visible; resultado de una ley en el mundo moral, tan segura como la ley de atracción en el mundo físico.

Y ya que hablamos de paralelismo y nos estamos ocupando de las consecuencias de la doctrina realista, en la sociedad, reparad también la analogía que existe, al decir de un ilustre pensador, entre el mundo social y el artístico: su paralelismo singular.

¿Qué son, en efecto, los hechos consumados, que se admiten como legítimos, los hechos brutos que se erigen en derecho, sino el realismo en la sociedad? En ella tenéis también lo real y lo ideal: lo real es el hecho, lo ideal es el derecho; lo real es lo que es; lo ideal lo que debe ser; lo real es el reinado exclusivo de la fuerza; lo ideal es el reinado superior de la justicia; y la armonía entre lo uno y lo otro, entre la justicia que dirige y la fuerza que obedece, es la belleza social elevada á su mayor potencia. Si pues el hecho y la fuerza dominando solos en la sociedad constituyen el despotismo; lo real y la naturaleza, es decir, la fuerza y el hecho dominando en el arte, constituyen el realismo.

Esta escuela, pues, que dilata el imperio de la realidad y el dominio del instinto, no sólo nos arrastra á un estado nada civilizado, sino que nos rebaja y hasta cierto punto nos iguala á los seres de condición inferior; porque desarrollando por un lado el instinto y por otro comprimiendo el resorte de las necesidades intelectuales y espiritualistas, concluyen por hacer al hombre menos hombre.

Y hé aquí, que nos encontramos por virtud de la invencible lógica de las cosas, con un arte sin ideal, sin alma, y por tanto sin lo divino y sin lo humano; nos encontramos con el *realismo*, es decir, con la imitación de la naturaleza bruta, de la naturaleza *sea como quiera*.

¡Ah! toda doctrina influye poderosamente en las sociedades; porque es-

tas no marchan nunca faltas absolutamente de dirección y de guía, sino que obran á merced de una idea que les sirve de antorcha ó de luz, ya verdadera, ya deslumbrante: y esta idea se refleja en sus leyes y costumbres. Si pues comunica al entendimiento falsos conceptos y al corazón pasiones indignas, tiene que cambiar necesariamente las inclinaciones en el hombre; y si revisitiéndose con las hermosas galas del arte, bien sea sólo en el nombre, cunde por todos lados, penetrándolo todo, seduciendo y esclavizando á las multitudes, para quienes como ya se ha visto, no hay poder igual al del artista, entonces la sociedad embriagada de sensualismo y de placeres queda casi dormida en ese voluptuoso sueño, precursor del fin; y la muerte llega en medio de un brillante festín, donde perora la elocuencia, cantan los poetas, y el arte exhibe sus audacias y licencias.

Quitad de una sociedad el espíritu, vended el pensamiento á peso de oro y en pública subasta, dad vuelo á ese mercantilismo literario, disfrazad con el augusto nombre de arte esas anatomías del placer y de la sensación, sed realistas, en una palabra, y veréis cuán pronto se desmorona todo el edificio desaparece el orden y surge la confusión más espantosa; veréis cuán presto quedáis sepultados entre las ruínas de ese arte, sin que quede de vosotros ni aún el nombre, ni el recuerdo siempre glorioso de aquellos pueblos, que en medio de la obscura noche del paganismo brillaron por su cultura y por sus artes.

Sí, señores; aun en aquellos tiempos, en que la idea cristiana no había alumbrado todavía la tierra, que envuelta en las sombras del error y de la duda, caminaba á pasos agigantados á la disolución y á la muerte, encontramos algunas inteligencias privilegiadas, que á la trémula y vacilante luz de la razón filosófica, lograron entrever algo de los verdaderos horizontes de la belleza. Y aquella Grecia, que vivía dando vueltas en el estrecho círculo de su presente, lleno de encantos y de gracias; que supo traducir en su arte lo finito y lo material, con una pureza de líneas, con una elegancia que no han podido igualar los realistas de nuestra época, llegó también como, ya se ha visto, á vislumbrar en algunos de sus hombres de genio, lo infinito y lo inmortal, que era precisamente lo que le faltaba á sus producciones artísticas. Por eso, porque no había espíritu en aquella sociedad y era todo materia, vamos á ver muy pronto á esa bellísima cuna del arte antiguo, á pesar de sus glorias filosóficas, literarias y artísticas, postrarse á los pies de Alejandro, para ser más tarde aplastada por la férrea mano de la señora del mundo.

De esa Roma, donde brillaron de igual manera, las letras y las artes, pero que impregnadas de aquel mismo hálito materialista, la harán también en su día rendirse á las plantas de los Calígulas y Nerones, para concluir siendo la befa de los bárbaros del Norte.

Mas hoy, que brillan para nosotros días más bellos y apacibles, y han

desaparecido las densas nieblas que cubrían al mundo; é iluminados nuestros entendimientos por una hermosísima luz de que carecieron los genios del arte antiguo, flota sobre nosotros constantemente, aún en los grandes desaciertos del espíritu y del corazón, esa *verdad*, objeto de nuestros desvelos y afanes; esa diosa, reina y señora de la inteligencia que, cuando la descubrimos, constituye nuestra mayor alegría, nuestro más legítimo orgullo; la que hizo correr á un Arquímedes por las calles de Siracusa, gritando como un loco: ¡ya la he encontrado!; y á un Pitágoras inmolar una hecatombe á los dioses, en gratitud al descubrimiento del cuadrado á la hipotenusa; y á un Galileo, en la soledad de su prisión, mirando al globo que había pintado en sus paredes, exclamar todo fuera de sí: «pero, sin embargo, tú das vueltas!» y á un Sócrates, un Régulo, un Mateo Molé, sacrificarse por la verdad moral y el deber: hoy, repito, que casi dominamos la materia y la hemos hecho nuestra esclava, y no obstante sus diarias rebeliones, sumisa la tenemos á nuestras órdenes; admitimos, sin embargo ¡oh contradicción! un sistema que hace de esa naturaleza una especie de mónstruo, á la vez engendrando y engendrada, en que lo finito y lo infinito, Dios y el mundo, lo real y lo ideal, la nada y el ser, se cruzan, se mezclan y se confunden en el más horrible caos; y producimos, como legítima consecuencia, un arte puramente material y mecánico, muy inferior al de los buenos tiempos de Grecia y Roma, é igual y semejante al que hemos visto en sus postreras agonías, en aquellos últimos momentos, en que presas de todos los vicios y de todas las impurezas rodaban con estrépito al rayar la aurora del Cristianismo en el cielo de la Historia.

Aquí tenéis ya la doctrina realista: hé aquí lo que significa el *realismo en el Arte*.

Decidme, ahora, vosotros los que ceñís vuestras sienes con esa bella aureola, esa esplendente diadema, que os distingue entre los hombres: los que lleváis impreso en vuestra frente ese destello divino, y buscáis y amáis lo bello y lo traducís en vuestras obras maestras: vosotros, valientes soldados del Arte, nobles escogidos de la *Belleza*, que no vaciláis en luchar cuerpo á cuerpo, si es preciso, con todas las rebeliones de la materia y todas las dificultades de la ejecución, para conseguir en día feliz llevar á cabo vuestro ideal, y que su imagen interna tantas veces acariciada en el fondo de vuestra alma, encarnándose en la palabra, ó dejándose oír en los sonidos, ó trasladándose al lienzo, ó surgiendo del mármol inerte bajo la acción de mágico cincel: venga á ponerse de manifiesto ante la extasiada multitud.

Decidme, repito, si podéis resignaros al simple papel de copistas, á reproducir lo que véis, á encerraros en ese despótico realismo, que mata al alma, que ahoga toda inspiración, que os impide dilatar vuestro campo de acción hacia lo indefinido y buscar ese *no sé qué*, que no se encuentra en lo *real*; decidme, en una palabra, si renunciáis á ser el libre intérprete de la

realidad, y á que vuestras obras en vez de espontáneas y libres, sean una simple imitación de la naturaleza tal cual es.

Comprendo que ciertos artistas ganosos de prosperar á favor de las nuevas teorías, empleen su habilidad y su genio, si es que lo tienen, en calcar la realidad física, la realidad palpable, cualquiera que sea; y que, aturridos más que por el éxito reservado al mérito, por el ruido que produce el escándalo, vayan detrás de las muchedumbres para conseguir un aplauso ó una ovación.

Comprendo que esos artistas de oficio lleguen hasta ese punto á rebajar la majestad de su poder creador; y no me extraña que apegados completamente á la materia, concluyan por consagrar sus talentos á un arte exterior y mecánico. Ni me sorprende tampoco que aún aquellos que más se precien de independientes, y que parecen buscar sólo la gloria, corriendo ansiosos tras de ella, se equivoquen de camino seducidos por los falsos resplandores del error, y en el vacío absoluto de la idea ó la pálida luz de un escepticismo universal, vengan á parar en ese sensualismo artístico, hijo verdadero del materialismo doctrinal.

Pero, vosotros, á quienes el arte adormece blandamente en la triste senda de la vida, embelesa vuestra alma, os transporta á mundos desconocidos, embellece la naturaleza, y hasta os hace dueños de los siglos y de los espacios, asegurándoos sobre la tierra el más bello vestigio de la inmortalidad; vosotros que os conserváis todavía en esas regiones purísimas donde libre de todo error resplandece la inteligencia con vivísima luz, con hermosísimos colores, no tendréis más remedio que protestar y clamar contra una escuela, que pretende arrebatáros el título más hermoso, el más noble blasón orgullo del humano linaje, el título *verdadero* de artista, para daros en su lugar otro notoriamente *falso* y de ningún valor.

HE DICHO.